

cios que le permitían realizar y que a la fecha de su muerte se desempeñaba como jardinero de algunas de las casas de los directivos de la refinera. A José Bonifacio lo que le quitaron de inteligencia se lo recompensaron muy bien, como lo manifiesta una vieja trabajadora sexual cuando le muestran la foto del miembro del muerto: “¡Cipote mondiú!”. Fue ella sin saberlo quien nombró el caso. El narrador, a través de ironía y humor fino, desarrolla la sexualidad del puerto que conserva “su moral de antiguo campamento petrolero perdido en la selva, de barriada prostibularia”.

En el cuerpo del jardinero se encuentran más de diecisiete impactos de bala de diferentes calibres, lo que hace pensar al fiscal Salomón Ventura que fueron varios los asesinos. El inspector Mondragón es encargado de la investigación, y por primera vez en todas las novelas logra llevarla a buen término. *El caso Mondiú* es una novela que atrapa, más que por el thriller policíaco, por la forma como se cuentan los acontecimientos. El humor acompaña toda la narración, el abogado Laurentino Cristófor se divierte a sus anchas con el caso y lo lleva a discusión a los encuentros que los litigantes del puerto realizan todos los días en la cafetería del Palacio de Justicia.

Por otro lado, Gonzalo España gusta de los hipertextos. En *Un crimen al dente* hace un homenaje literario al relato considerado por la crítica como el padre del género policíaco: “Los crímenes de la calle Morgue” de Edgar Allan Poe. En *El caso Mondiú* realiza dos homenajes: el primero es el desarrollo de la sexualidad femenina a través de la esposa del fiscal —una historia paralela a la investigación del crimen de José

Bonifacio—. Liz de Ventura es una psicóloga que abandona durante más de tres años a Salomón Ventura en Alcandora para estudiar un posgrado en la capital, se deja llevar por su antiguo maestro de psicoanálisis a una investigación práctica de “los mecanismos de la doncellez”, como él los nombra, que no son más que la aplicación de los principios que Choderlos de Laclos expone a través de la historia del vizconde de Valmot y la marquesa de Merteuil en *Las amistades peligrosas*, novela francesa publicada en 1782. Es uno de los mejores pasajes de la novela, no solo porque diversifica la mirada sobre la sexualidad expuesta durante la investigación del crimen, sino porque le permite al lector conocer a profundidad la mentalidad de la esposa del fiscal, personaje poco explorado en las primeras novelas.

El segundo hipertexto es la participación del escritor brasileño Rubem Fonseca, autor de *El gran arte*, “tal vez el mejor clásico policíaco que se haya escrito en Latinoamérica”, como le dice el abogado Laurentino Cristófor a otro personaje. La vinculación del escritor no es gratuita, ya que las proporciones del miembro de José Bonifacio trascienden las fronteras del país y llegan a oídos de La Cofradía de la Espada, “una logia de fornicadores insignes”, nombrada por el autor en su novela a través de las investigaciones que realiza Mandrake. El abogado Laurentino supone que la cofradía existe en la vida real —un claro ejemplo de ficción dentro de la ficción que pretende darle criterio de real—, lo que hace completamente lógico que sea Rubem Fonseca quien llegue a un puerto perdido entre la selva “por un símbolo para su escudo, o para su logotipo”.

El caso Mondiú es, con mucho, una de las mejores novelas policíacas escritas en Colombia, y asimismo consolida una propuesta estética de la que poco se ha hablado. De igual manera es la obra que funda la colección de Novela Negra de Ediciones B, un espacio donde esperamos aparezcan nuevas voces y los mejores representantes del género en el país. ■

Carlos Albeiro Agudelo (Colombia)

Una tragedia fantástica



Juego de tronos
George R.R. Martin
Plaza y Janés
México, 2011
795 p.

Juego de tronos (1996), primer volumen de la saga *Canción de hielo y fuego* de George R. R. Martin, no merece ser encasillada dentro del género (que, más que un género, es un intrincado fenómeno editorial y cinematográfico) al que pertenece

cen las muy célebres series de *El señor de los anillos* o *Harry Potter*. Se trata, por el contrario, de ese tipo de novelas que replantean los géneros y que, al hacerlo, constituyen verdaderos monumentos de altísima calidad literaria que deben ser leídos porque enseñan los secretos del arte de hacer novelas.

Hay que decir, en primer lugar, que no es una novela fantástica: por lo menos no en el sentido del fenómeno editorial antes mencionado. En su trama se juega con elementos históricos, a la manera de otra serie famosa: Los reyes malditos, de Maurice Druon; no importa que el mundo de los Siete Reinos, Invernalía, Harrenhal, Bastión de Tormentas, El Nido de Águilas, Rocadragón y los demás lugares donde se desarrolla la historia (ubicados, al inicio del libro, en los mapas de las tierras del Sur y del Norte) sean lugares ficticios. Cualquier experto —o incluso un lector superficialmente informado— sobre el medioevo puede identificar, en las descripciones de paisajes, vestuarios y construcciones, y en las narraciones ágiles que ilustran la vida cotidiana en el interior de los castillos, en los mercados, en los puertos y en los caminos, elementos históricos precisos de aquella época, hábilmente modificados por la ficción.

Un ejemplo de ello es el que ofrece el siguiente pasaje, en el que se ilustra de manera breve la riqueza del mundo de los Siete Reinos y sus alrededores:

A Dany le gustaba el exotismo del Mercado Oriental, con sus extrañas formas, sonidos y olores. Solía pasar allí muchas mañanas, mordisqueando huevos de árbol, empanadas de saltamontes y fideos verdes,

escuchando las voces agudas y ululantes de los vendedores de pócimas, contemplando las manticoras en sus jaulas de plata, los inmensos elefantes grises y los caballos con rayas blancas y negras de Jogos Nhai. También le gustaba observar a los que pasaban: los asshaítas morenos y solemnes; los qarthienses altos y pálidos; los hombres de Yi Ti, con ojos brillantes y sombreros con colas de mono; las doncellas guerreras de Bayasabhad, Shamyriana y Kayakayanaya, con anillos de hierro en los pezones y rubíes en las mejillas, y hasta los severos y aterradores Hombres Sombríos, que se llenaban de tatuajes el pecho, los brazos y las piernas, y ocultaban los rostros detrás de máscaras. El Mercado Oriental era, para Dany, un lugar lleno de magia y maravillas (p. 560).

De esta manera, Martin configura un mundo que es fantástico en tanto alude a una mitología propia en la que aspectos de culturas como la griega o la nórdica se combinan para elevar el andamiaje de un universo particular; pero que al mismo tiempo no es fantástico puesto que la manera como los personajes asumen o interpretan dicha mitología se identifica con la manera en que los seres humanos hemos interpretado, en la realidad, la historia y el origen de la civilización.

Así, en el universo de *Juego de tronos* los dioses guardan el mismo silencio que han guardado siempre las divinidades nórdicas, griegas o indias; se encuentran fósiles de huevos y de esqueletos que confirman la existencia de los dragones (ya extintos en el presente de la narración), de la misma manera en que nosotros conocemos restos arqueológicos

que nos hablan de la existencia de los dinosaurios; se cuentan historias de guerreros, llenas de nobleza y de acciones heroicas, para magnificar realidades casi siempre atroces, tal como ocurre en nuestro mundo con los llamados “héroes de la patria” o con protagonistas célebres de cualquier guerra.

Lo que atrapa al lector en esta novela no es, entonces, el efectismo de esa magia que, en las obras de Rowling o de Tolkien, pueblan las páginas de elfos, brujas, varitas mágicas, árboles que hablan, ejércitos de monstruos y otros fuegos pirotécnicos que son la delicia de los creadores de efectos especiales. Lo que atrapa al lector es la humanidad de los personajes, sus ambigüedades, la forma en que se tambalean entre el bien y el mal, sus traiciones, sus errores, sus esperanzas y sus transformaciones. Esa humanidad tan compleja a la que los condena el autor hace que los personajes sean queridos y odiados, que el lector sufra por ellos o les desee desgracias, que llore sus muertes, juzgue sus estupideces, ría con sus bromas y celebre sus victorias.

Esta primacía de los personajes se hace clara en el relato desde su estructura. Cada capítulo, como ocurre en *Mientras agonizo* de Faulkner, se aborda desde la perspectiva de uno de los protagonistas, no a manera de monólogo interno, sino mediante el empleo de un narrador omnisciente que parece caminar junto a cada personaje, de tal modo que toda la historia es un gran mosaico de narraciones breves que se entretajan y se enredan a medida que se avanza en la lectura. El narrador, entonces, sigue de

cerca a lord Eddard (o Ned) Stark, señor de Invernalía y guardián de las tierras del norte; a su esposa Catelyn Tully; a sus hijas Arya y Sansa; a su hijo Bran y al ilegítimo (o bastardo) Jon Nieve; a Tyrion Lannister, hermano de la reina Cersei, y a la princesa Daenerys de la Tormenta.

Entre ellos, los personajes que, a mi juicio, están mejor estructurados son, en primer lugar, Tyrion Lannister, un enano que no se parece a ninguno de los seres caricaturescos e irritantes que aparecen, por ejemplo, en *El hobbit*: se trata de un oportunista que está siempre al margen de las intrigas, que resulta atractivo por su carácter lujurioso y por la manera ingeniosa en que engaña a los demás y se burla del mundo. Es quizás el personaje más inteligente de la novela, que seduce al lector con frases tan memorables como estas: “¡La muerte es tan... definitiva! Mientras que la vida está llena de posibilidades” (p. 94) —cosa que el enano pone siempre en práctica—; “Una mente necesita de los libros, igual que una espada de una piedra de amolar, para conservar el filo” (p. 125), o “Nunca olvides qué eres, porque, desde luego, el mundo no lo va a olvidar. Conviértelo en tu mejor arma, así nunca será tu punto débil. Úsalo como armadura y nadie podrá utilizarlo para herirte” (p. 63).

Por otro lado, están las hermanitas Stark (Arya y Sansa), que constituyen las dos caras de una medalla: Sansa es la típica princesa delicada que sueña casarse con un príncipe valeroso, pero que aprenderá de manera trágica que “la vida no es una canción” y que “en la vida real los monstruos vencen”. Arya, por su parte,

es una chica que prefiere jugar a las espadas que asistir a las clases de bordado; a quien, por su aspecto siempre desaliñado y sucio, todo el mundo confunde con un niño, y cuya valentía se convierte, conforme la trama del libro se complica, en un factor decisivo.

Y finalmente, el personaje que a mi parecer es el más entrañable de este primer volumen es la princesa Daenerys de la Tormenta, última descendiente de la dinastía Targaryen, heredera legítima de los Siete Reinos gobernados por Robert Baratheon y Cersei Lannister. La historia de Daenerys constituye una segunda novela que se desarrolla como una línea paralela a la trama ubicada entre Invernalía (en el Norte) y Desembarco del Rey (en el Sur), y se trata, en realidad, de la columna vertebral que sostiene la totalidad de los relatos del libro, a pesar de ser la única historia que no se entrecruza con las de Bran, Tyrion, Catelyn, Jon, Ned, Arya y Sansa.

Mientras que las historias de estos personajes se estructuran a partir de la muerte de Jon Arryn y del nombramiento de lord Stark como su sucesor en el pesado cargo de “Mano del Rey” (hechos que conducen paulatinamente al desmembramiento de la familia Stark y a la conquista del poder por parte de la familia Lannister), la de Daenerys cuenta su evolución desde el momento en que su hermano Viserys decide entregarla en matrimonio a Khal Drogo, líder de una tribu salvaje del Oriente, con el objetivo de heredar su numeroso ejército y emprender la conquista de los Siete Reinos.

El lector asiste, de este modo, a la formación de una guerrera poderosa, desde sus años de adolescente sumisa y entregada al miedo, hasta su alzamiento como diosa madre de dragones. Asiste a la madurez de su sexualidad, a su aprendizaje de la lengua dothraki, al modo en que se rebela contra su hermano tras convertirse en khaleesi (es decir, esposa del khal y líder de la tribu) y a la comprensión y aceptación de su destino como conquistadora de las tierras donde reinaban los Targaryen.

Otros personajes apasionantes y memorables son la vieja Tata, hábil contadora de historias; Syrio Forel, profesor de baile que le enseña a Arya el uso de la espada y la habilidad para huir de sus enemigos; Jaime Lannister, hermano y amante de la reina Cersei; Sam Tarly, cobarde compañero de Jon Nieve en el muro de hielo, y Hodor, el gigante retrasado que cuida de Bran durante su convalecencia.

Todo ello está narrado con un lenguaje que es encantador no sólo por el decorado y la elegancia (que, por un lado, evita el lugar común y, por otro, no se deja contaminar por los vicios de la traducción española) sino también por la destreza con que despierta hambre en el lector cuando se encarga de narrar banquetes (“Mientras tanto se fueron sirviendo los diferentes platos de la cena: una sopa espesa de cebada y venado; ensaladas de hierbadulce, espinacas y ciruelas con frutos secos por encima; caracoles en salsa de miel y ajo [...]. Después sirvieron trucha pescada en el río aquel mismo día, horneada en barro [...]. Más tarde se sirvieron empanadas

de pichón y criadillas, manzanas asadas que olían a canela, y pastelillos de limón bañados en azúcar”, p. 290); asco, cuando narra escenas sangrientas —como aquella en que la princesa Daenerys debe comerse un corazón de caballo para darle fuerza al hijo que lleva en el vientre— (“La sangre caliente le llenó la boca y le corrió por la barbilla. El sabor estuvo a punto de provocarle arcadas, pero se obligó a masticar y a tragar. El corazón de un caballo macho haría que su hijo fuera fuerte, rápido y arrojado [...]. Pero solo si la madre se lo conseguía comer entero. Si se atragantaba con la sangre o vomitaba por la carne, los presagios no serían tan favorables”, p. 470), y además intriga, miedo, deseo y ansiedad.

Martin demuestra, con lo anterior, una destreza para narrar, entretener y, a la vez, hacer literatura, que es ya escasa entre los escritores de *best-sellers*: a diferencia de Dan Brown o de Stieg Larsson, cuyas obras entretienen tanto como esas películas de acción poco memorables que sirven para pasar tardes de domingo en familia, Martin consigue, tan solo con este primer libro, despertar el interés (aunque sería más preciso decir “el vicio”) por leer tanto los siguientes cuatro volúmenes de la saga como esos otros libros suyos que pertenecen a géneros tan variados como el terror y la ciencia ficción. Y, así mismo, la noticia de que Martin fue el guionista de series de televisión ya consideradas clásicas (como *La bella y la bestia* y *Dimensión desconocida*) despierta las ganas de conocer su formación como narrador, sus influencias y sus gustos literarios y cinematográficos.

Juego de tronos es, en resumen, un muy agradable descubrimiento para quienes buscamos buenos libros (y pocas veces los encontramos) entre la inmensa oferta de la literatura de entretenimiento actual. Se trata justamente del tipo de lecturas que logran mucho más que solamente entretener y que son memorables por esa sabia mezcla de júbilo y dolor que ofrecen sus páginas. ■

Carlos Aguirre (Colombia)

La música Andina

Del disco de vinilo
al pentagrama



Canción colombiana andina en duetos: Transcripción y aproximación documental

María del Pilar Azula,
Martha Enna Rodríguez,
Luis Fernando León.
Universidad de los Andes, Bogotá
2011,
175 pp.

...Y para Martha, que era como la más joven, de otra generación, ya no le traían serenatas con trío, que era una cosa de otras épocas, de viejos y veteranos.

Héctor Abad Faciolince,
El olvido que seremos, p. 149

Uno de los libros más singulares que se haya publicado en el país sobre el tema de la tradición cantada es *Ayer y hoy en mis canciones*, escrito por Noel Salazar Giraldo. La tercera edición, que se editó en Armenia en 1979 —la segunda es de 1973— es un grueso volumen de casi 500 páginas, en las cuales el autor recopila un heterogéneo repertorio de letras de canciones nacionales y de otros países, además de breves biografías de los autores y anotaciones para su ejecución en tonos de guitarra. A manera de certificación de la seriedad y pertinencia del libro, la edición reproduce una carta del Ministerio de Educación Nacional en la que se “confirma el gran valor pedagógico que posee por ser un trabajo de amplia investigación que hace ver fácilmente el gran esfuerzo realizado por su autor para lograr un texto ameno e indispensable para una labor educativa musical”. En el prólogo, Joaquín Piñeros Corpas destaca, a su vez, la necesidad de contar con un “diccionario de la música popular [...] enunciada sugestivamente y con el índice de su contenido lírico”, que incluya además el de los autores que en el ejercicio de composición han hecho realidad aquello que expresaba Manuel Machado: “Cantando la pena, la pena se olvida”.

En el marco de esa poética enunciación, Salazar Giraldo expone al lector un catálogo de 180 canciones en diversas modalidades, que abarca bambucos, torbellinos, pasillos, guabinas, valeses, joropos, danzas y una que otra cumbia extraviada en la sensibilidad de compositores y cantores de la zona